



## ¿Sana Dios hoy en día?

En 1982 un hombre, John Wimber, vino a hablar a nuestra iglesia.

John Wimber era el pastor de la iglesia La Viña, en California.

Y, entonces, yo era miembro laico de nuestra iglesia y trabajaba como abogado.

Y reconozco que cuando vi a John Wimber, lo miré con desconfianza —por varias razones: por un lado por su apariencia y, por otro, porque era estadounidense—.

Como ya saben, yo amo a los estadounidenses y me arrepiento de esa actitud vergonzosa que tenía entonces.

Y lo cierto es que hemos aprendimos mucho de ellos y les estamos agradecidos.

Pero entonces, yo era desconfiado.

Vino y habló aquí un domingo por la noche sobre el tema del Espíritu Santo y de la sanación, y fue maravilloso.

Pero yo seguía con gran recelo.

La noche siguiente predicó en una sala que está justo aquí debajo a unos setenta líderes de la iglesia.

Y de nuevo yo asistí con mucho recelo.

Habló sobre la sanación.

Yo había ido a charlas sobre la sanación y me parecían bien.

Pero él dijo al final de la charla: «Ahora tendremos una pausa, y cuando regresemos, vamos a practicar la sanación».

Nunca habíamos «practicado» la sanación.

Así que tuvimos una pausa muy larga.

Todos tomamos dos o incluso tres tazas de café.

Después, regresamos, y los que habían estado delante ¡pensaron que sería egoísta quedarse allí! ¡Así que se sentaron atrás!

Y él nos dijo que su equipo había orado y que tenía varias palabras de conocimiento.

Definió palabra de conocimiento como: «una revelación sobrenatural de hechos sobre una persona o situación, no adquirida por el esfuerzo de la mente natural, sino revelada por el Espíritu de Dios.

Puede ser en forma de imagen, palabra vista u oída mentalmente, o también un sentimiento físico».

Dijo que su equipo había recibido varias palabras de conocimiento.

Y luego las dijo en alto.

No había fe en esa sala, ninguna expectativa de que algo ocurriera —¡sólo una

vaga esperanza de que fracasara rotundamente!—.

Así que miró la lista y dijo: «La primera persona»..., si recuerdo bien, era un hombre que se lesionó la espalda a los catorce años cortando leña.

Para mi asombro, alguien se levantó y se acercó y dijo que era él.

Y oraron por él.

Después hubo otra..., y otra que también era sobre un problema de espalda, y Jeremy Jennings, que es el Director de Pastoral en nuestra iglesia, se levantó y se acercó.

Esa noche fue sanado de su problema de espalda.

Según leían la lista, fue saliendo una persona tras otra sin cesar a recibir oración; se sentía que el nivel de fe en la sala iba en aumento.

Hubo una palabra de conocimiento que no obtuvo respuesta, y decía que en la sala había una joven que era estéril.

Bien, los ingleses... no hablamos de esas cosas, así que ¡quién iba a levantarse en respuesta a una palabra así!

Pero él esperó.

Finalmente, una amiga mía, llamada Sarah Wright —no teníamos ni idea de que llevaban intentando tener hijos hacía tiempo, que no lo habían conseguido y que habían ido al médico—.

Ella se adelantó y él dijo: «¿Cómo te llamas?». Ella dijo: «Sarah». ¡Claro, hay un buen precedente en la Biblia de llamarse Sarah y ser estéril!

Así que oró por ella.

Y nueve meses después, ¡dio a luz a un niño precioso!

La concepción, por supuesto, ¡no tuvo lugar en la sala!

Lo extraordinario es que, aunque ocurrieron tantas cosas esa noche y gente que yo conocía fue sanada —ahora sé que fueron sanados, entonces no lo sabía; sólo lo parecía—, todavía salí esa noche con gran recelo.

La tarde siguiente predicó en el salón parroquial a los que pertenecíamos a grupos de la iglesia.

Éramos una iglesia mucho más pequeña —unas 250 personas— y estábamos todos en el salón parroquial.

Yo vine del juzgado, donde había estado trabajando.

Llevaba traje de rayas, y camisa con cuello almidonado, demasiado llamativo, y, encima, ¡Pippa y yo llegamos tarde!

Y normalmente en la Iglesia Anglicana la gente se sienta atrás.

Los primeros que llegan ocupan las últimas filas.

Así que los únicos sitios libres cuando llegamos estaban justo delante.

Pippa y yo entramos y nos sentamos en primera fila.

Habló sobre el tema del Espíritu y de la sanación y dijo que su equipo tenía varias palabras de conocimiento.

Leyó algunas de esas palabras y la gente empezó a levantarse desde todos los rincones.

Luego dijo: «Hay diez personas aquí con pie de atleta».

Yo entonces tenía pie de atleta, ¡pero no me iba a levantar!

Nueve se levantaron.

Yo estaba sentado con mi esposa, Pippa, y ella insistió: «¡Eres tú!».

Y yo: «¡No, no, estoy bien!».

Pero el dolor en mis costillas se hizo tan fuerte que pensé que sería menos doloroso levantarme.

Y me levanté.

Un señor muy amable, miembro del equipo, se me acercó y dijo: «¿Quiere que ore por su pie de atleta?».

Respondí: «No, gracias; se lo agradezco».

«Estoy muy contento con mi pie de atleta; de hecho me encanta rascarme cuando me pica».

Él fue de lo más amable porque me dijo: «¿Quiere usted que oremos por algo?».

Le dije: «Lo que me gustaría pedir es el poder del Espíritu Santo en mi vida».

Y él dijo: «Muy bien, oremos por eso».

Y empezó a orar.

Puedo decir que después de 30 segundos, experimenté el poder de Dios de una

forma que nunca había experimentado antes en mi vida.

Sé que esto no le pasa a todo el mundo, pero yo tuve una manifestación física.

Fue como si diez mil voltios de electricidad atravesaran mi cuerpo.

De hecho, era algo tan intenso que ya no podía más.

Pero ese buen hombre, creo que acababa de entrar en el equipo, porque sólo sabía una oración que repetía, y la oración era: «¡Más poder, Señor!».

Y cada vez que decía esta oración, el poder aumentaba.

A un cierto punto yo no sabía qué hacer.

Pensé que lo único que podía hacer era orar contra él.

Así que empecé a orar: «¡Menos poder, Señor!».

Pero él sólo sabía esa oración y continuaba: «¡Más poder!».

Llegó un momento en el que se creó un griterío enorme entre él y yo delante de todo el mundo.

Entonces, todos los que estaban en el salón dejaron de orar para observar lo que estaba sucediendo.

Creo que John Wimber ya había tenido casos difíciles anteriormente, porque dijo: «¡Oh, sáquenlo de aquí!».

Así que me sacaron por las puertas de cristal del salón parroquial.

Y mientras me sacaban, John Wimber dijo esto: «Dios está dando a ese hombre la

capacidad de hablar a la gente de Jesús».

Y aunque eso no era algo que yo hiciera bien, era algo que anhelaba de veras.

Cuando llegué a casa esa noche, empecé a releer la Biblia para ver qué decía sobre todo el tema de la sanación y del reino de Dios.

Ciertamente, Dios sana a través de la acción de médicos, enfermeras y la medicina en general.

Pero cuanto más investigo, más convencido estoy de que debemos esperar que Dios también sane milagrosamente hoy.

## **1. LA SANACIÓN EN LA BIBLIA**

Y lo que vi, al estudiar la sanación en la Biblia, fue que en el Antiguo Testamento Dios promete sanar a su pueblo.

Sanar es propio de Dios.

Dice: «Soy el Señor, quien les sana» —es parte del amor que nos tiene—.

Hay unos cuantos ejemplos de sanaciones en el Antiguo Testamento —por ejemplo, Naamán—.

Pero si Dios actuó así en el Antiguo Testamento, cuando sólo había destellos del reino de Dios y del derramamiento del Espíritu, podemos esperar con seguridad que lo hará aún más, ahora que Jesús ha inaugurado el reino de Dios y que nos encontramos en la era del Espíritu.

Cuando leemos el Nuevo Testamento, vemos que las primeras palabras dichas por Jesús en el evangelio de Marcos son éstas.

¿Pueden buscar Marcos, capítulo 1, versículo 15?

Jesús dijo:

Marcos  
Capítulo 1  
Versículo 15

**«El tiempo se ha cumplido —decía—. El reino de Dios está cerca. ¡Arrepiéntanse y crean en la buena nueva!».**

«El tiempo se ha cumplido.

El reino de Dios está cerca.

¡Arrepiéntanse y crean en la buena nueva!».

El reino de Dios —esa expresión o «el reino de los cielos», que Mateo usa indistintamente junto a «reino de Dios» y que significa lo mismo— aparece 82 veces en estos tres evangelios: Mateo, Marcos y Lucas.

La palabra «reino» no sólo significa algo político o geográfico, sino también se refiere a la acción de gobernar.

El reino de Dios es el dominio y gobierno de Dios.

Y este reino —éste es un tema algo difícil sobre el que se ha escrito mucha teología—, pero básicamente el reino es un «ya pero aún no».

Verán dos gráficos que pretenden ilustrar esta idea para facilitar su comprensión.

<b>GRÁFICO 1</b>	MUNDO ACTUAL
	MUNDO VENIDERO
<b>GRÁFICO 2</b>	<b>MUNDO VENIDERO</b>
	1ª venida
	2ª venida
	MUNDO ACTUAL

Y la esperanza judía —si se fijan en el gráfico de arriba, por el momento—, la



esperanza judía era que este mundo en el que vivimos llegaría a su fin y que le seguiría el mundo venidero.

El mundo venidero tendría lugar cuando el rey mesiánico viniera a instaurar un reino pleno.

Como ven, la línea naranja representa el mundo actual y la línea verde, el mundo venidero.

Ésa era la esperanza judía.

La enseñanza de Jesús modificó esta concepción.

Lo que Jesús decía, en síntesis, era que este mundo no iba a acabar con su venida.

La primera línea, la azul, es la primera venida de Jesús.

Cuando Jesús vino, él inauguró el reino, así que el mundo venidero ya empezó — es la línea verde—, el que esperaban.

Ya comenzó, pero el mundo anterior, el actual continúa hasta la segunda venida de Jesús.

Entonces, el reino de Dios será pleno.

Pero, mientras tanto, vivimos en este periodo de transición, en el que el reino ya llegó pero aún no en plenitud.

Así que vivimos entre la primera y la segunda venida: un periodo que pertenece tanto al mundo actual como al venidero.

En su primera venida, vino en debilidad.

Cuando regrese, lo hará con poder y gran gloria.

La historia avanza hacia este clímax glorioso.

Hay 300 referencias en el Nuevo Testamento sobre la segunda venida de Cristo.

Cuando Jesús regrese será algo obvio para todo el mundo.

La historia, como la conocemos, acabará.

Habrà una resurrección universal y un día de juicio.

Habrà un cielo nuevo y una tierra nueva.

Jesús mismo estará allí, con todos los que le aman y obedecen.

Será un lugar de gozo intenso que durará siempre.

Tendremos cuerpos resucitados gloriosos que no morirán jamás; ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor.

Todos los que creen, en ese día, serán completamente sanados.

Pero hasta entonces, hay una dimensión de espera.

Como Pablo escribe en Romanos: «Gemimos interiormente, mientras aguardamos ansiosamente la redención de nuestro cuerpo».

Es decir, la redención total de nuestro cuerpo tiene que esperar a esa segunda línea, la segunda venida de Cristo.

Y es importante mantener esta perspectiva de eternidad al hablar de la sanación.

Porque en el mundo actual, no todos se sanan.

Estoy pensando en un buen amigo mío llamado Patrick Pearson-Miles.

Patrick Pearson-Miles a menudo da esta charla en Alpha.

Patrick, por ejemplo, no se ha sanado, tiene insuficiencia renal.

Depende de la diálisis desde hace quince años.

Es un hombre muy valiente, pero también un hombre de mucha fe.

Ha orado y hemos orado..., hemos orado por él una y otra vez

Y no se ha sanado.

Pero le ayudó mucho una conversación que tuvo con John Wimber, que murió de cáncer.

Y John le dijo: «El auténtico regalo es el de la salvación, la vida eterna, todo lo que Jesús nos concede.

Y si somos sanados en esta vida, eso es un regalo extra».

Hay una dimensión futura, pero en el mundo actual, como dijo Jesús, el reino de Dios ya está aquí y ahora.

Y lo que vemos son signos de la llegada del reino.

«El reino de Dios está entre ustedes».

¡El reino es algo que se puede descubrir y experimentar ahora!

Y en el Evangelio vemos que Jesús vio su ministerio como el cumplimiento de las

promesas del Antiguo Testamento.

Y se dispuso a demostrar esta realidad presente del reino mediante todo lo que hizo en su ministerio —perdón de los pecados, sanación de enfermos, eliminación del mal—.

Así que vivimos entre dos mundos: el reino en plenitud aún no ha llegado, pero el reino de Dios está cerca, como dice Jesús.

Este mundo continúa, pero el poder del mundo venidero ya irrumpió en la historia.

Y eso es lo que los teólogos llaman la «irrupción escatológica» —¡ahí está!—.

Es una irrupción escatológica.

¿Qué significa esto?

Significa que el *éskaton*, el final —o sea, la segunda venida de Jesús, el mundo venidero—, ha irrumpido en la historia y, por tanto, tenemos una anticipación de éste.

Usaré una analogía.

Estamos en una ola de calor: ¡un verano estupendo en Inglaterra! —¡eso de por sí ya es un milagro!—.

Pero estamos en esta ola de calor.

Hace tres meses —creo que fue el 19 de marzo—, hizo un tiempo poco común en Inglaterra.

Un día llegamos a los 20 grados, un sol estupendo, parecía que había llegado el

verano, pero no: una semana después volvió el frío con heladas por la noche.

Pero ese día fue una «irrupción escatológica», si quieren, del verano.

Fue una anticipación.

Nos dio a entender que el verano llegaba, que no estaba muy lejos.

Y lo que el ministerio de Jesús muestra es que el reino futuro está llegando, está cerca.

Y Jesús demostró eso anunciando la buena nueva, sanando enfermos, resucitando muertos y expulsando demonios.

¿Sabían que más del 25 por ciento de los evangelios habla de las sanaciones de Jesús?

Jesús no sanó a todo el mundo en Judea, pero a menudo aparece sanando a individuos o a grupos.

Era parte de la actividad de su reino.

¿Pueden buscar Mateo capítulo 4, versículo 23?

Mateo  
Capítulo 4  
Versículo 23

Jesús recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas, anunciando la buena nueva del reino, y sanando toda enfermedad y dolencia entre la gente.

«Jesús recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas, anunciando la buena nueva del reino —el reino era absolutamente central en la enseñanza de Jesús—, anunciando la buena nueva del reino y sanando toda enfermedad y dolencia entre la gente».

Así que Mateo dice: «Eso es lo que hacía Jesús».

Después, explica cómo lo hacía.

En los capítulos 5, 6 y 7 está el Sermón del Monte —cómo enseñaba Jesús—.

Luego nos dice cómo sanaba —en los capítulos 8 y 9 hay nueve sanaciones—.

Y el versículo 35 del capítulo 9 es casi idéntico a Mateo 4,23:

Mateo  
Capítulo 9  
Versículo 35

Jesús recorría todos los pueblos y aldeas enseñando en las sinagogas, anunciando la buena nueva del reino, y sanando toda enfermedad y dolencia.

«Jesús recorría todos los pueblos y aldeas enseñando en las sinagogas, anunciando la buena nueva del reino, y sanando toda enfermedad y dolencia».

Éste es un recurso literario que se llama «inclusión», es decir, Mateo usa el mismo versículo al principio y al final.

No tenían puntuación en esa época, así que era una manera de decir: «Llegué al final de la sección».

Dice: «Esto es lo que Jesús hizo en su ministerio: anunció la buena nueva y sanó a los enfermos».

Después de acabar esa sección, Mateo dice: «Y esto es lo que Jesús dijo a sus discípulos que hicieran» —Mateo 10, versículo 1—:

Mateo  
Capítulo 10  
Versículo 1

Reunió a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar a los espíritus malignos y sanar toda enfermedad y dolencia.

«Reunió a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar a los espíritus malignos y sanar toda enfermedad y dolencia».

El versículo 7 dice:

Mateo  
Capítulo 10  
Versículos 7–8

«Cuando vayan, prediquen este mensaje: “El reino de los cielos está cerca”.  
Sanen a los enfermos, resuciten a los muertos, limpien a los que tienen lepra,  
expulsen a los demonios».

«Cuando vayan, prediquen este mensaje: “El reino de los cielos está cerca”.  
Sanen a los enfermos, resuciten a los muertos, limpien a los que tienen lepra,  
expulsen a los demonios».

Jesús lo hizo y mandó a sus discípulos que lo hicieran.

No sólo a los doce discípulos... —les invito a pasar unas cuantas páginas hasta Lucas capítulo 9—.

Lucas capítulo 9, versículo 1:

Lucas  
Capítulo 9  
Versículos 1–2

Habiendo reunido a los doce, Jesús les dio poder y autoridad para expulsar demonios y sanar enfermedades.  
Entonces los envió a predicar el reino de Dios y a sanar a los enfermos.

«Jesús les dio poder y autoridad para expulsar demonios y sanar enfermedades.  
Entonces los envió a predicar el reino de Dios y a sanar a los enfermos».

Lucas capítulo 10, versículo 1 —no sólo a los doce—:

Lucas  
Capítulo 10  
Versículo 1

Después de esto, el Señor escogió a otros setenta y dos para enviarlos de dos en dos delante de él a todo pueblo y lugar adonde él pensaba ir.

«Después de esto, el Señor escogió a otros setenta y dos para enviarlos de dos en

dos delante de él a todo pueblo y lugar adonde él pensaba ir».

Versículo 9 —esto es lo que les mandó—:

Lucas  
Capítulo 10  
Versículo 9

Sanen a los enfermos que encuentren y díganles: “El reino de Dios está cerca de ustedes”.

«Sanen a los enfermos que encuentren y díganles: “El reino de Dios está cerca de ustedes”».

Así que eso es lo que hizo Jesús y eso es lo que mandó a sus discípulos que hicieran; lo mismo al final del Evangelio —por ejemplo, Mateo, capítulo 28, versículo 19—.

Ya vimos lo que Jesús hizo.

Ya vimos lo que Jesús mandó a sus discípulos hacer.

Y al final del Evangelio, los envía.

Los envía con estas palabras.

Mateo  
Capítulo 28  
Versículos 19–20

Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, Enseñándoles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes.

«Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones —eso les incluye a todos ustedes aquí—, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles —a ustedes, si se hacen discípulos de Jesús—, enseñándoles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes.



¿Y qué les mandó hacer?

Anunciar la buena nueva y sanar a los enfermos.

Y, si leemos el Nuevo Testamento, eso es lo que hicieron.

Tras los evangelios, está el libro de los Hechos.

No me había percatado antes: ¡el libro de los Hechos se llama Hechos!

No sólo hablaron de ello; ¡lo hicieron!

Anunciaron el evangelio y sanaron a los enfermos.

La sanación es uno de los signos del reino inaugurado por Jesús que continúa hasta el día de hoy.

Debemos creer que Dios sana milagrosamente hoy como parte de la actividad de su reino.

## **2. LA SANACIÓN EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA**

Si nos fijamos en la historia de la iglesia —ya vimos la sanación en la Biblia—, al fijarnos en la historia de la iglesia, vemos que la sanación era una parte normal de la actividad de la iglesia primitiva.

Así, por ejemplo, leemos que Irineo escribió esto en el siglo segundo: «Otros, incluso, sanan enfermos imponiéndoles las manos, y ellos se sanan».

Orígenes, que nació alrededor del 185 d.C., dice: «El nombre de Jesús puede acabar con las enfermedades».

San Agustín de Hipona, quizá el teólogo más importante de los cinco primeros siglos, escribió un libro llamado *La Ciudad de Dios*, y en ese libro dice: «Todavía

hoy se realizan milagros en el nombre de Cristo».

Y lo que hace es enumerar un ejemplo tras otro y tras otro de personas ciegas sanadas, y de otros milagros.

Muchos de ellos se describen detalladamente.

Cristianos de todas las épocas siguieron obedeciendo el mandato de sanar a los enfermos.

Con el paso del tiempo, lo hicieron sobre todo con hospitales y otras instituciones que alivian el sufrimiento.

Éste ha sido uno de los grandes logros de la iglesia.

Pero Dios sigue sanando a gente milagrosamente hoy en día.

Raniero Cantalamessa, que fue el predicador del Papa Juan Pablo II durante unos 24 años, escribe: «Hoy hay dos formas de afrontar el problema de la enfermedad: por la naturaleza humana y por la gracia.

La naturaleza humana, en este caso, incluye la ciencia, la tecnología y todos los recursos que el hombre recibió de Dios en la creación y que desarrolló a través de su inteligencia.

Pero también hay otra forma: la gracia, que incluye la fe y las oraciones, por las que, si Dios lo quiere, a veces se consigue la sanación por vías que están más allá del alcance de medios humanos.

Ante la enfermedad —escribe—, el cristiano no puede limitarse a utilizar los recursos naturales —fundar hospitales o colaborar con las estructuras del Estado para asistir y consolar.

Los cristianos tienen un poder especial propio, que les confió Cristo:

“Les dio poder para curar todas las enfermedades y dolencias”.

Sería una omisión dejar de recurrir a este poder y, así, no transmitir esperanza especialmente a quienes la ciencia niega toda esperanza».

### **3. LA SANACIÓN HOY EN DÍA**

Recuerdo que conocí aquí a una mujer llamada Jean Smith, de unos sesenta años.

Era de Cwmbran en Gales.

Y vino aquí una tarde de Alpha, a visitarnos, se acercó a mí y me contó lo siguiente:

«Hace dieciséis años y medio —dijo— me quedé ciega».

Tuvo una infección que había destruido la retina y el nervio óptico de sus ojos, tejidos que no pueden regenerarse.

Así que caminaba con bastón y tenía un perro guía, cuyo nombre creo que era Tina.

Y, además, sufría dolores terribles.

En su iglesia local, en Gales, fue a un curso Alpha.

Fue al... eh... Fin de Semana, y durante el Fin de Semana experimentó el poder del Espíritu Santo como nunca lo había hecho.

Y lo sorprendente fue que el dolor que había sufrido durante esos años simplemente desapareció.

Estaba tan agradecida a Dios que fue a la iglesia esa tarde para dar gracias a Dios.

Y justo eh... después de la comunión, el ministro de su iglesia le dijo que quería ungirle con aceite como símbolo de la sanación que se había producido ese fin de semana.

Y la ungió con aceite.

Cuando se quitó... el... aceite abrió los ojos y pudo ver el altar delante de ella.

Así que regresó a casa y, dijo que fue asombroso, porque no había visto a su marido hacía dieciséis años y medio.

¡No se podía creer lo blanco que tenía el pelo!

Dios es un Dios que sana.

Un día tendremos cuerpos perfectos.

En esta vida no alcanzamos la perfección.

Pero cuando Dios sana a alguien hoy, como a Jean, vislumbramos ese futuro en el que recibiremos la redención de nuestros cuerpos.

Claro que ningún ser humano puede evitar la muerte.

El cuerpo es corruptible y, a cierto punto, lo mejor sería preparar a la persona

para la muerte, en vez de orar por sanación.

Gran labor la del «movimiento hospicio», que confiere dignidad a los enfermos terminales; es otra manera de responder al mandato de Jesús de cuidar a los enfermos.

Así que hay que ser sensible a lo que sugiere el Espíritu.

John Wimber solía decir: «Cuando no orábamos por nadie, nadie se sanaba.

Ahora oramos por mucha gente, no todos se sanan, pero sí algunos».

Y cuando oramos por alguien, aunque no se sane, suele haber bendiciones.

En mi caso fue una bendición —mi pie de atleta no se sanó en ese momento, pero me alegro de que oraran por mí—.

Algunos reciben dones muy especiales de sanación —el don de sanar—.

Pero eso no quiere decir que se lo dejemos todo a ellos, porque el mandato de Jesús es para todos.

Al igual que el mandato de anunciar la buena nueva es para todos (aunque algunos tengan un don especial para evangelizar), el de la sanación también.

¿Cómo ponemos esto... en práctica?

Dios es quien sana y no nosotros.

No hay ninguna técnica; oramos con amor y sencillez.

El modelo de Jesús era la compasión.

Eso es lo que le movía a orar por la gente: les amaba.

Y sencillez, porque no es nuestra oración la que sana, sino el poder de Dios, el nombre de Jesús.

Y percibimos que las palabras de conocimiento son muy útiles.

Es una de las maneras en las que Dios habla.

Ésta no es la única manera de hacerlo, pero es un modelo práctico, que usamos aquí y que vamos a aplicar esta noche.

Y consiste en orar —ya oramos al principio de la tarde—.

Los líderes y ayudantes de los grupos pidieron a Dios que les diera palabras de conocimiento sobre la gente que hay aquí.

A veces se reciben a través de la imagen de la parte del cuerpo que Dios quiere sanar.

A veces es un dolor empático, es decir, un dolor que alguien siente en su cuerpo y que sabe que no es suyo; quizá Dios le esté hablando para decirle que quiere hacer algo.

A veces es a través de una impresión, una palabra que se ve u oye mentalmente.

Por ejemplo, algunas pueden ser muy concretas.

En el curso anterior, Philippa Pearson-Miles —antes hablé de Patrick, el de la insuficiencia renal—, su esposa Philippa tiene este don, un don particular de recibir palabras de conocimiento muy concretas.

Y es que Patrick y Philippa dieron la charla sobre la sanación el curso pasado, y

ella recibió palabras de conocimiento.

Una de esas palabras que compartió decía que creía que había alguien ahí —no lo sabía por conocimiento natural, sino a través del Espíritu de Dios que le habló—, dijo que creía que había alguien ahí que tenía una caries profunda.

Luego dio más detalles; dijo: «Te llamas John, tienes unos 42 años y trabajas con colores vivos.

Fuiste un adolescente rebelde [...]» —y dio muchos más detalles, como que su padre había muerto y algunos más—.

Había alguien llamado John Falzen allí presente.

Tiene 44 años —¡poco más de 42!—.

Trabaja con colores vivos: es fotógrafo.

Había sido un adolescente rebelde y había tenido una relación inestable con su padre, que ya había muerto.

Y sintió una gran liberación al pedir perdón por eso.

Además, al momento, la caries profunda que tenía —era muy profunda y le dolía muchísimo, así que pensaba ir al dentista para curarla—, se sanó enseguida justo cuando ella pronunció esa palabra.

Pero, a menudo, las palabras de conocimiento no son tan concretas como ésta, sino muy generales.

A veces la gente viene y dice algo ya sabes así como «rodilla derecha» o «codo izquierdo», y algunos piensan: «¡Pues vaya! ¡Cualquiera puede decir eso!

No creo que eso vaya a tener ningún impacto».

Hace unos cuatro años y medio, me operaron del menisco en la rodilla derecha.

Y algunos meses después, me volvió a doler, se hinchó y empecé a tener problemas con ella.

En la sesión equivalente a ésta, hubo una palabra de conocimiento sobre una... rodilla derecha.

Después hubo otra palabra sobre una rodilla derecha.

Y después otra palabra sobre una rodilla derecha.

Y luego otra con lo mismo: ¡cuatro palabras de conocimiento sobre una rodilla derecha!

Yo no respondí a ninguna de ellas, pensando: «Bueno, en fin, ¡qué vergüenza!, ¿no?»

Y... ¡en realidad no es nada! Seguro que hay más gente que tiene la rodilla mucho peor que la mía».

Así que no respondí.

Cuando fuimos a los grupos pequeños, hicimos lo que haremos esta noche, decir: «¿Hay alguien que coincida con alguna palabra y que quiera que oremos?».

Y dos personas respondieron y oramos por ellas.

Los líderes preguntaron si había alguien más y yo no respondí, no dije nada en absoluto.



Quedé callado.

Soy bastante tímido y no me gusta ser el centro de atención, ¡así que no dije nada!

Luego, el líder dijo: «Vamos a hacer grupos más pequeños para orar».

En mi grupo éramos tres.

Uno de los invitados me miró y me dijo: «¿Coincides con alguna palabra de conocimiento?».

Me da vergüenza decir que casi miento y digo: «No, con ninguna».

Pensé: «¡No puedo mentir!».

Así que dije: «Lo cierto es que sí», y les conté lo que era.

«¿Quieres que oremos por tu rodilla?».

Respondí: «¡Okay!», y oraron.

Y no tuve problemas desde entonces.

Seguimos un modelo muy sencillo de oración.

Decimos: «¿Por qué quiere orar?».

A veces hay que preguntar a Dios las raíces de la enfermedad.

Había una mujer llamada Sylvia, miembro de nuestra iglesia —se lo cuento

porque pedí permiso a estas personas para contar su historia—, ella tenía dolores lumbares.

Era un tipo de artritis que le afectaba el sueño y el movimiento.

Y mientras recibía oración de otra mujer llamada Marian, Marian sintió la palabra «perdón».

Aunque no fue fácil, Sylvia reconoció que había alguien a quien tenía que perdonar y perdonó a esa persona.

Entonces, pudo conducir su auto hasta Yorkshire, ida y vuelta, sin ningún dolor.

Se había sanado casi del todo.

Al orar, poco después, con una mujer llamada Milly, sintió que debía escribir a aquella persona una carta, diciéndole que la perdonaba a ella.

Cuando echó la carta al correo, se sanó del todo.

¿Cómo oramos?

Hay varios modelos en el Nuevo Testamento.

Lo normal es orar en el nombre de Jesús, pedir al Espíritu Santo que venga; a menudo imponemos las manos y a veces unguimos con aceite.

Luego hacemos la pregunta: «¿Cómo te sientes?».

Algunos se sanan; otros no.

Algunos mejoran, pero no completamente.

Jesús oró una vez por un hombre que era ciego y le preguntó: «¿Ves algo?», y él respondió: «Veo gente, pero parecen árboles que caminan».

Y Jesús volvió a orar otra vez y, esta vez, abrió los ojos, recobró la vista y empezó a ver con claridad.

¿Y luego?

Después de orar, hay que asegurar a las personas que Dios las ama, hayan sido sanadas o no, e invitarlas a volver si quieren recibir oración.

Evitamos poner cargas sobre la gente.

Me encanta lo que Raniero Cantalamessa dice: «Somos libres y capaces de pedir siempre al Espíritu Santo que nos sane.

Pero si el Espíritu no lo hace, no hay razón para pensar que no tenemos fe, o que Dios no nos ama o que nos está castigando».

No ponemos cargas sobre la gente, seguimos orando y nos aseguramos de que las vidas de la gente están enraizadas en la comunidad sanadora de la iglesia, donde la sanación a largo plazo tiene lugar.

Es importante perseverar en este aspecto, no desanimarse si no se ven resultados extraordinarios inmediatos.

La razón por la que yo sigo orando no es porque hayamos visto a mucha gente sanada; sino porque Jesús nos mandó que lo hiciéramos.

Y por eso lo seguiría haciendo aunque nadie se sanara.

Había un hombre llamado Lee Duckett, de 25 años y ateo.

Nunca fue a la iglesia en su vida.

Era técnico de teléfonos.

Hubo una avería telefónica en la iglesia, y Lee Duckett vino a arreglar los teléfonos de la iglesia.

Entró en la...area de recepción y se fijó en la recepcionista, también de 25 años y una joven muy atractiva.

Así que mientras arreglaba los teléfonos, pensó cómo entablar conversación.

Tenía un problema: estaba con alguien que trabajaba en la iglesia y Lee Duckett nunca había estado en una iglesia en su vida.

Así que no sabía cómo establecer conversación con alguien de la iglesia.

Pero, mientras arreglaba los teléfonos, creyó tener una buena idea.

Se acercó a ella y le dijo, dijo: «Disculpa, ¿me podrías recomendar una buena Biblia?».

Y ella dijo: «Claro que te puedo recomendar una Biblia, pero —dijo— ¿por qué no vienes al curso Alpha que hacemos aquí?».

¡Él habría hecho cualquier cosa!

Así que vino al curso y dijo que, como técnico, le encantó: tenía sentido, seguía una secuencia lógica.

Vino al Fin de Semana y estando allí entregó su vida a Cristo.

Vino a la iglesia por primera vez en su vida ese domingo.

Hubo una palabra de conocimiento y Lee Duckett respondió; recibió oración y su espalda fue milagrosa e instantáneamente sanada por Dios.

Después, me escribió una carta muy larga —¡con toda la historia de su vida!—.

Decía que había hecho de todo: médiums, güija, magia y luego describió lo que le ocurrió esa noche.

Dijo: «Mi vida cambió completamente.

Ahora miro al mundo con otros ojos.

Siento amor por todos y una paz interior que nunca imaginé que existía.

Cuando conozco gente, quiero hablarles de Jesús.

¡Si conocieran a Jesús como yo lo estoy empezando a conocer!

Éste es Lee Duckett, el joven técnico de teléfonos.

En el curso siguiente, una mujer se me acercó y me entregó una carta más larga aún que la de Lee Duckett.

Es la carta más deprimente que haya leído jamás.

Decía que su padre era alcohólico, que ella también lo fue, que hubo abusos sexuales, drogas, ausentismo escolar, drogas duras, violencia doméstica; estuvo yendo al psicólogo, pero no ayudó; luego a un psicoterapeuta, tampoco ayudó; así que fue a un hipnopsicoterapeuta, y tampoco ayudó.

¡Cada vez sentía más pena por ella!

Hasta que llegué a esta frase: «Entonces, recibí una llamada de un hombre llamado Lee Duckett, un joven técnico de teléfonos.

Él había encontrado lo que yo llevaba buscando tantos años.

Dios me perdonó porque Jesucristo eliminó todos mis pecados cuando fue crucificado y murió por nosotros.

La carga que llevaba desapareció y estoy llena de esperanza, alegría, entusiasmo y amor.

Y lo único que quiero es servir a Cristo de la forma que él escoja».

Ella fue una de las siete personas que Lee Duckett trajo al curso siguiente.

Al final del curso, en la Cena de Celebración, ella me presentó a siete familiares y amigos que había invitado al curso siguiente.

Hace dos años Lee Duckett se casó, no con la recepcionista, ¡sino con la administradora de nuestro curso Alpha!

Todo esto comenzó en el momento en que Dios actuó milagrosamente en la vida de Lee Duckett.

Dios es un Dios que sanó en el pasado y que sigue sanando hoy en día.

Oremos.

Padre, te damos gracias porque eres un Dios que sana. Señor, te pedimos esta noche que, una vez más, envíes tu Espíritu sobre nosotros y sanes a personas aquí presentes.

En el nombre de Jesús, amén.

